

ANDRÉS GONZÁLEZ
ROCÍO ORSI

LA ECONOMÍA
A LA INTEMPERIE
QUIEBRA POLÍTICA
EN EL MUNDO
CONTEMPORÁNEO

UNA OBRA CLAVE PARA
ENTENDER EL MUNDO ACTUAL
Y REFLEXIONAR SOBRE
NUESTRO FUTURO



DEUSTO

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo

Parte I. La democracia y los mercados tras la resurrección de la historia

1. La larga e inacabable huida del fin del progreso
2. Democracia, gobernantes, loterías y seguros
3. Socialismo del siglo XXI
4. La economía de mercado y la ilusión del fin de la incertidumbre

Parte II. ¿Qué es el minotauro? Dices mientras clavas tu mirada bovina en mí. El minotauro eres tú

5. Construcciones míticas de la crisis en España
6. Consumo, ahorro, bienestar y demografía
7. Decrecimiento cartujo

Parte III. Economía laica

8. Empleo, igualdad, globalización y sociedad postindustrial en España. Una visión comparada
9. Deuda odiosa y opiácea: Ni contigo ni sin ti
10. Capital y vivienda

Epílogo. El futuro no está escrito

Agradecimientos

[Bibliografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para Elena y Carlos

Prólogo

A comienzos de los años treinta, Herbert Butterfield[1] escribió un panfleto en el que denostaba lo que él denominaría la interpretación *whig* de la historia; es decir, aquella interpretación de los hechos históricos que, guiada por el presente, establecía como buena y necesaria la configuración liberal o progre del mundo y, en concreto, el triunfo del parlamentarismo británico. Este libro pretende constituir una especie de antídoto contra una interpretación *whig* del propio presente. Esto es, pretende evitar la apropiación demagógica de discursos y de voluntades en la sociedad contemporánea, y busca hacer explícitos los riesgos y las suturas que parchean el mundo moderno, tratando así de superar las soluciones mágicas y las salidas en falso de los momentos críticos que se están planteando o llevando a cabo, en especial en los países occidentales. Se propone también mostrar que no tiene por qué haber un camino predeterminado ni una solución incruenta y próspera disponible a todos nuestros problemas: que no hay un remedio inmediato esperando ahí, a la vuelta de la esquina. Quiere señalar que el colapso mental y financiero que trajo consigo la gran crisis de 2008 tiene su origen en una determinada manera en que se ejerce la hegemonía o en que se hacen valer ciertos discursos hegemónicos: una hegemonía que nos ofrece un mundo decadente que, sin embargo, nos empeñamos en pensar como si a pesar de todo no fuese empeorable.

El título del libro es un homenaje a Javier Muguerza. En una conferencia que impartió a comienzos del presente siglo en la Universidad Carlos III de Madrid y que tituló «Ética a la intemperie», Muguerza se refería a la libertad como la ineludible naturaleza humana, y vinculaba la libertad al ejercicio igualmente ineludible de la responsabilidad, del rendimiento de cuentas de cuanto hacemos o pretendemos hacer. Por ello, no en vano la pregunta «¿qué puedo hacer?» (a la que Kant respondía con la *Crítica de la razón práctica*) se convierte en parte imprescindible de nuestra condición racional. Pero que debamos responder de manera racional a la pregunta no significa, ¡ay!, que tengamos una única respuesta posible para ella. De ahí que la ética no pueda sino estar siempre a la intemperie: porque la condición humana, en tanto que libre y racional, nos obliga a hacer un uso moral de nuestra racionalidad, una racionalidad que no está al abrigo de verdades permanentes.

Siguiendo a Muguerza, pero como en el fondo sabemos desde el comienzo de los tiempos, y a diferencia del célebre escorpión de la fábula, la naturaleza del ser humano consiste precisamente en su trágica apertura a la decisión. La idea que recorre todo este libro, que el futuro no está escrito, es un trasunto de la noción primordial de la ética consistente en que la vida humana está igualmente por hacer, y en que nuestras elecciones van marcando una senda de cuya dependencia tenemos que hacernos responsables. La radical apertura del ser humano, su condición absolutamente contingente, pone en entredicho cualquier intento de ceñir estrechamente las interpretaciones que damos de su vida. Por eso, insistimos, la ética, a fuer de racional, no puede sin embargo dejar de estar desguarnecida, expuesta, a la intemperie.

Sin embargo, no siempre reconocemos esta misma apertura y contingencia propia de la vida humana cuando

la contemplamos en compañía. De hecho, y a diferencia de cuanto ocurre con otros ámbitos de lo político, en lo que atañe a cuestiones económicas existe una tendencia muy peligrosa a dejar las decisiones en manos de técnicos y expertos. Con demasiada frecuencia, los ciudadanos desconocen las matemáticas pero, sobre todo, desprecian la economía. En la cultura católica e hidalga, además, es de buen tono desatender, al menos en apariencia, a todo cuanto tenga que ver con cuestiones monetarias o comerciales. Ese temor reverencial por los números, unido al menosprecio por el aspecto estadístico de la vida humana, tiene por lo menos dos consecuencias muy lamentables que si queremos presumir de vivir en una democracia de calidad no podemos permitirnos: por un lado, se delegan decisiones y asuntos de enorme trascendencia social a comités de expertos que brindan soluciones técnicas en apariencia desprovistas de calado político, lo que entraña una concepción un tanto angosta de lo que significa *lo político*; por otro lado, la sociedad se hace más vulnerable a relatos poco verosímiles, y en ocasiones nada veraces, sobre los problemas que la acechan y sobre las soluciones que los remediarían: se imponen marcos perdedores que no contribuyen a mejorar el panorama real. En ambos casos, cuando reducimos la política económica a *mera economía*, y cuando asimilamos relatos y marcos insuficientemente justificados, los ciudadanos renunciamos de manera irresponsable a ejercer nuestra mayoría de edad. Y al hacerlo, cedemos irremisiblemente nuestra soberanía a un Leviatán, ya sea administrativo, ya sea mediático, que puede adormecer nuestra ansiedad, pero es dudoso que deje a nuestra conciencia postilustrada tranquila.

Cuando reconocemos que el futuro de una sociedad está tan por escribir como el destino del individuo, y que es tan contingente y tan abierto como el indudable éxito de

las ciencias sociales a veces nos hace obliterar, entonces no nos queda otro remedio que asumir la carga que nos impone nuestra naturaleza y disponernos a escribir y hacer nuestro futuro. Por eso la economía también tiene que ponerse a la intemperie. No podemos renunciar a los importantes avances que han convertido a la economía en la hermana rica de las ciencias sociales. Lo que nos proponemos es más bien servirnos de esos conocimientos para contribuir a devolver a los ciudadanos la autonomía *también* en aquellos ámbitos de la vida pública que se recogen bajo su paraguas disciplinario.

Pero nos proponemos, por otra parte, mostrar que la propia economía tiene que superar también su modernidad y someterse a la crítica: una cura de humildad no le impedirá mantenerse como la gran señora de las ciencias blandas, y veremos que una economía que quiera sobrevivir en un mundo tornadizo y volátil tiene que aceptar su propia condición postmoderna, tornadiza y volátil. Su propia condición discursiva, que la convierte en un discurso más de entre los muchos posibles. Debe renunciar a los macrorrelatos omniexplicativos. Pero esto no debería preocupar en exceso a nadie: también en la era de la crítica la razón se ha visto sometida a un maltrato sistemático por parte de sus legítimos albaceas, filósofos y pensadores. Sin embargo, reconocer sus límites no nos convierte en menos deudores de su uso: difícilmente se nos consentirá dejar de dar razón de cuanto hacemos con el escurridizo argumento de que el imperio de la razón ha decaído y que su sueño produce monstruos. Del mismo modo, señalar los límites epistémicos de la economía, tanto como de los agentes que intervienen en su nombre, no es sino reconocer que también en su caso es preciso reconocer límites en su alcance y en sus posibilidades. Este someterse a la crítica no es más traumático —ni menos— que aquel mismo proceso de desencan-

to del mundo que alumbró la modernidad occidental. Y será muy favorable a que, aun en su condición de ciencia social postmoderna, los saberes económicos sean no menos, sino más útiles para los ciudadanos. Y para devolverle de paso a los asuntos económicos que nos importan, que nos deben importar, su verdadero rostro de economía política.

Bajo este nuevo aspecto, los problemas económicos que se abordan en este ensayo pretenden ser devueltos a los ciudadanos, que muy bien pueden desestimar nuestra oferta o discutirla con más o menos fuelle. Sin embargo, lo que en ningún caso proponemos es que la necesaria devolución de estos temas a sus legítimos propietarios deba convertirlos en materia de arbitraje colectivo o de decisiones asamblearias, tomadas sin el debido rigor, sin la debida madurez reflexiva o sin los conocimientos técnicos suficientes: nuestra apuesta sigue siendo por una democracia representativa, y lo que esperamos es que de una discusión pública razonada se obtengan mejores decisiones electorales o una participación más cualificada en la sociedad civil. Y de ahí que insistamos en que una economía puesta a la intemperie haya de concebirse como parte de lo que se entiende por un uso público de la razón.

En resumidas cuentas, este libro trata de arrebatarle a los discursos que pugnan por hacerse hegemónicos en la esfera pública cuestiones y temas que o bien han sido relegados por su carácter técnico, o bien están envueltos en una coraza mítica que impide abordarlos con una deseable y sosegada claridad. En un caso tanto como en otro es urgente la reflexión crítica; y con mayor o menor acierto, eso es lo que aquí proponemos. Es algo en lo que todos y cada uno de nosotros somos insustituibles. Como lo somos, en general, en todo aquello que nos importa.

Par- te I

**La demo-
cracia y
los mer-
cados tras
la resu-
rrección
de la his-
toria**

La primera parte de este libro consta de cuatro capítulos que si bien en un primer momento pueden parecer muy alejados entre sí, en realidad están unidos por hebras sólidas y tensas. En ellos repasaremos los que nos parecen los paradigmas mejor asentados en el pensamiento económico y político contemporáneo: el capitalismo, la democracia, el nuevo socialismo populista (o socialismo del siglo XXI) y el fundamentalismo de los guardianes del mercado. Realizaremos una defensa del capitalismo y de la democracia y, sin pretender que existe una armonía preestablecida entre ambos, sostendremos la contingencia histórica —nuestra contingencia histórica— de pensarlos ambos unidos. Constituye un lugar común, y no es del todo descabellado pensar que el capitalismo es precisamente uno de los principales enemigos de la democracia. Bien es verdad que los colosales entramados financieros, de tan diversa índole y raigambre como existen, restan capacidad de actuación política a los gobiernos y contribuyen a aumentar esa entropía tan propia de nuestro presente que es la falta de gobernanza de un mundo que quisiéramos más a disposición de los ciudadanos y sus decisiones. Y también es verdad que en los gobiernos o en las sociedades capitalistas y democráticas se han producido violencias y desigualdades que han restado valor al carácter democrático de dichos gobiernos. Dejando a un lado casos en que el cariz democrático del gobierno es más que dudoso, no podemos olvidar, sin embargo, que el capitalismo —también en lo que hace a los grandes entramados financieros— son los propios ciudadanos y sus acciones. Y en todo caso, lo cierto es que no conoce-

mos democracias, por imperfectas que sean (y todas lo son), que no convivan con alguna forma más o menos descarada, más o menos atemperada, de capitalismo. Nuestra defensa del capitalismo será entonces la defensa de un capitalismo que puede autoproclamarse liberal o socialdemócrata —e incluso conservador— pero que es, en todo caso, parte de la vida democrática de una polis imperfecta que aspira a estar bien ordenada.

El primer capítulo, pues, realiza un recorrido por las diferentes formas que ha ido adoptando el capitalismo a lo largo del siglo pasado y de la primera década del presente para sobrevivir a los diferentes obstáculos con que se ha ido topando. Haremos hincapié en las que han sido sus diferentes huidas hacia delante a lo largo del siglo xx. El año 2008 constituirá una violenta turbación mundial de la que todavía no sabemos cómo será el despertar, aunque aquí sugerimos abrir los ojos ante las que de hecho son falsas salidas de esa gran crisis; es decir, trataremos de llamar la atención sobre cómo emergen las viejas formas, ahora renovadas, de huida hacia delante.

Hacemos apología del capitalismo y también de la democracia. Parece que ningún sistema político merece mejor defensa y, sin embargo, su defensa quizá huelga porque son (parecen) minoría sus verdaderos adversarios. Ni siquiera los sujetos partidarios de los sistemas más sospechosos de acabar con ella se presentarán con tan brutales intenciones. Al contrario: puede que los grupos que menos estima tienen por los procedimientos democráticos sean en ocasiones sus más fervientes defensores. Así, la democracia goza de un favor indubitable entre todas las capas de la población y en todos los sectores de la vida académica o política. Tanto que su defensa resulta cansina, cuando no sospechosa o vacía. No obstante, y como es parte de lo que significa ser demócrata el concebir la democracia de

una particular manera, nosotros proponemos una reflexión sobre las relaciones entre los electores y sus representantes que pretende clarificar alguno de los riesgos a que las fuerzas democráticas están sometidas. No pedimos «más democracia», como ingenuamente se escucha en una esfera pública sobrecargada de buenas intenciones y desprovista de ideas —aunque acabadamente democrática, por otra parte—. Más democracia, o más participación, o más representación, *por sí mismas* no son una solución a los urgentes problemas que, como esperamos mostrar en diferentes momentos de este libro, deben enfrentar las democracias actuales. Tampoco es que necesitemos menos democracia, menos participación o menos representación. En relación con esto, plantearemos que lo que necesitamos es un mejor Estado. Y lo que necesitamos es también un ejercicio público de clarificación de lo que en realidad queremos, de lo que quieren los individuos y lo que quieren las sociedades, y de los costes que eso conlleva. En este sentido, el resto del libro tratará de hacer explícitas ideas de economía política cuya elucidación, esperamos, mejorará la calidad de las preguntas y respuestas de nuestras democracias a los azares que nos acechan. De ahí que un pronunciamiento sobre cómo entendemos la democracia nos parece sustancial en una fase temprana del escrito. En concreto, el capítulo segundo pondrá su atención en la necesidad de pensar el Estado democrático como una herramienta provechosa cuyos costes haremos bien en asumir y, desde luego, discutir.

En mucha mayor medida que la democracia, el capitalismo tiene detractores, tan vehementes o más que sus partidarios. Lo que haremos en los dos capítulos subsiguientes será mostrar cómo las consecuencias no previstas, y desde luego no buscadas por parte de los adversarios del capitalismo, por un lado, y de sus más entusiastas defensores,

por otro, están pinzando el sistema por extremos opuestos y con consecuencias igualmente impredecibles. El socialismo del siglo XXI, tal como se mostró a sí mismo al mundo a partir del célebre discurso de Chávez en su inenarrable programa televisivo «Aló presidente» (2005), tiene una virtualidad disruptiva que es equiparable, aunque salvando las distancias, a la destrucción del ahorro que promueven los paladines del *establishment* capitalista. Como ejemplo acabado del primer caso tenemos pues a la democracia bolivariana, cuyo enorme atractivo o repulsa encuentra poderosas resonancias —y no poca mimesis— en el espacio público del mundo occidental. Su discurso es tan bien conocido que le dedicaremos una atención más tangencial y anecdótica. Le seguirá un capítulo más lúgubre sobre los mercados eficientes: un texto técnico que quiere hacer transparente para el lector no especialista algunos rudimentos más o menos oscuros, si bien en el fondo sencillos, de la política financiera de nuestro día a día, y algunas de sus más siniestras paradojas sociales.

Esta primera parte, pues, compuesta a modo de díptico que a su vez se subdivide en capítulos pareados, constituye una defensa de una democracia y un capitalismo que se necesitan más justos, más organizados y, sobre todo, más autoconscientes. Y esperamos que a esa autoconciencia contribuya el conjunto del libro.